



Alonso Zamora Vicente

## **De visita**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

## De visita

Siempre que vamos a casa de la tía Plácida, nos vence el contento. Es la tarde del jueves, no hay clase, o la del sábado, no hay que madrugar mañana. La tía Plácida nos espera muy preparada, después de varias llamadas por teléfono, siempre ha habido un catarro, una jaqueca, visita de inesperados amigos, pero al fin llega la llamada definitiva: nos espera. Vamos a su casa. Esas manos, no toques las paredes, es que no veías ese charco. Hay que entrar en casa de la tía Plácida como si nos acabaran de fabricar, bien planchado y cepilladito. Ella se fijará en todo, y además dirá en seguida: no me gusta cómo lleva este niño los pantalones, o bien: hijos, qué manos os habéis puesto. Da igual que toquemos o no las paredes, acabará por decirlo, y nos llevará a lavarnos, contenta, jugando ella también. [80]

La tía Plácida vive frente al Museo. Casa nueva, un gran piso, bastante caro, pero vecindad muy buena, y qué le voy a hacer, la comodidad, a mis años no debo pasar frío, y luego es tan céntrico. Cuando llegamos, el portero de gran uniforme azul nos saluda medio quitándose la gorra, nos dice señoritos y nos mete en el ascensor a empujones amables. El ascensor se pone en marcha, una jaula con algunos espejos, Paco dice una palabra contra el portero, lo encuentra muy bruto, y regaña con Elisa, que le encuentra muy distinguido. A mí me impone vagamente respeto. Ya está la tía en el descansillo. Palabras, saludos, a mí no me dice nada, pero noto su mano cerca, con una caricia cuidadosa, y su pregunta inevitable: Bueno, ¿y tu padre?, y no espera a que contestemos, ya debe de saber que vendrá luego a buscarnos. Una vez dentro, un turbio olor a naftalina, a desinfectante, mezclado con olores de dulces, natillas, vainillas, algo de hojaldre, un suave humo de azúcar derretido, de perfumes inútiles, de ropa guardada, olor a encierro y a confitería. Una pena andar por los suelos brillantes, criadas sigilosas que aparecen, ponen de pie lo que hemos volcado o torcido y se esconden como orilla fría y en zig-zag. La tarde se va despacito, despacito y sin cansar nunca, oyendo inacabablemente a la tía preguntar, hablar, explicar sus cosas y sus trastos. Se merienda en la salita, no se debe entrar en las otras habitaciones, todos los muebles enfundados en blanco y rojo, espejos enormes de marco dorado cubiertos [81] con una gasa, igual que las lámparas, una duermevela oscura y difícil de la casa, entre sabor a picatostes, a bollos diferentes, sorpresa de cada visita, y el runruneo de la caja de música, con caracolas, ricordo de Sorrento, 1890, Santa Lucía una y otra vez, y otra, un volcán y un puerto en los costados.

Maravilla prolongada, las tardes interminables de la tía Plácida, con sus meriendas exquisitas donde éramos verdaderos reyes, y donde como premio se nos entreabrían habitaciones, una cada vez. La biblioteca del tío, está como él la dejó, ni siquiera he limpiado el tintero, y mirábamos la escribanía, un angelote gordezuelo encima de un león, dorados, y un termómetro en el ángulo, ya sin mercurio, definitivamente helado y ausente. Los títulos del tío colgaban de la pared, Caballero Maestrante de no sé qué, y Gran Cruz de San Hermenegildo, y de la Reina Regente una gratitud especialísima, y medalla de los Sitios de Cádiz y Zaragoza, Mérito civil blanco. La tía explicaba todo muy rígida, la

gargantilla puesta, amenazando-señalando con el dedo a cada cosa que decía. La vitrina con el uniforme del tío, el último que se hizo, Coronel de la Escolta Real, lo estrenó cuando la boda del Rey, lo más galán que vi. Y su retrato, muy tieso, sin saber dónde poner los guantes, qué bizarro está, algo delgado, pero era así, lo pintó Casas en Santander. La sala de recibir, con cuadros viejos, un dragón que es el infierno, abajo, y Nuestra Señora con el Niño en lo alto, y mucha gente bajo su manto azul y blanco, los bienaventurados, [82] y el Niño que tiende la mano a una mujer, en el fuego hasta la cintura, y un velador de cañas en medio, y una comodita de lacas japonesas, y una escultura de mármol en un rincón, me la regaló mi cuñada cuando me casé, es horrorosa, pero tengo que dejarla ahí, no hay otro remedio, y una vitrina con abanicos, marfiles, rosarios de Tierra Santa, miniaturas del Retiro. Una cajita de madera y dentro un ramito de azahar, que siempre la tía toca y mira, levantándole, sonrío y le guarda de nuevo con mimo. Un ramo de flores siempre frescas. Su alcoba, muchas fotografías, un armario grandísimo (todas las noches miro si hay alguien escondido dentro) y sus estuches con medallas de la Virgen de la Montaña y de Rocamador, de Monserrat y del Buen Suceso, y el escapulario de Nuestra Señora de los Llanos y del Santísimo Cristo de la Agonía, y una imagen vestida, una Virgen con mucho pelo (¿de qué os reís?), encima de la cómoda, y siempre nos daba alguna estampa, medalla o reliquia, ungidas de milagro, de mil recomendaciones calurosas. El cuarto aquel del pasillo, lleno de santos, viejos y nuevos, y de grandes cuadros ennegrecidos, casi nunca se entraba, podríais romper algo, no me preguntéis más qué hay dentro. Y los largos pasillos, y la cocina, y el baño, un cuarto lleno de tubos y de grifos, algo muy raro y complicado, entre pescadería y hospital, donde la tía se encontraba particularmente dichosa y oronda. Y aquel sucederse de dulces, golosinas, yemas, bollos, caramelos, [83] chocolate, algún juguete, una lluvia de felicidades, mientras la noche se iba entrando y las pantallas rojas o verdes hacían más fría y pequeña la enorme casa de la tía sola, intimidad casi celeste, inevitablemente inmóvil.

Ya anochecido, todos los días llegaba Agustín, el cochero, ligero sofoco y buenas noches, señora, y qué manda la señora, y siempre: No, gracias, Agustín, vete a descansar, y cuando Agustín, grandes patillas, ya encorvado, unas narices descomunales, se iba, la tía hablaba de cuando ella tenía un tronco inglés, que ya no se llevan, ni tengo landó, pero este Agustín, tan bueno, todas las noches viniendo, fiel. Y a nosotros nos asombraba este tener un cochero sin coche, fantasma vano, apenas sin aliento.

Sí; siempre hay algo vacío en la casa de la tía, algo como un clamor repentinamente disipado, luz incompleta, mutilación imprecisa en la que sobresalen sus gestos amplios de mandato, delicadamente relegados al pastel especial de aquella tarde, y su cara suave y rugosa sobre la gargantilla negra. La casa de la tía Plácida, siempre llena de un olor extraño, confitería, iglesia, naftalina, donde se estaba bien y siempre había algo cerrado, tangible y, sin embargo, desesperadamente distante. Veo a la tía en lo alto del descansillo, diciendo adiós con su pañuelito blanco, el ascensor subiendo, súbita y fugaz claridad al pasar junto a ella, no os soltéis de la mano, el portero que ya saluda, Paco que tiene [84] ganas de decir alguna barbaridad, de dar saltos, el recuento de regalos, todos discutiendo alto, Elisa suficiente, qué te ha dado, a ver, enséñalo, y no os habéis dado cuenta de aquella foto que había en la mesa del tío, era la mujer con que vivía cuando se murió, el tío tenía dos mujeres, y a ver qué te ha dado a ti, y hace frío, siempre hace frío al pasar frente al Museo, ha encendido el balcón, saldrá a vernos cruzar, y aprieto mi moneda de oro con fuerza, hasta el límite del daño, y qué suerte, una moneda de oro, y no quiero cambiarla, no, ni ese abanico antiguo, ni ese libro de viajes, no, mi napoleón de oro (no se lo vayas a dar a tus hermanos), y hay que ver, vaya regalo, qué le has hecho, y aprieto más, admiración

creciente, y ya la casa no se ve, y el balcón se queda otra vez vacío en la memoria, desierto dilatándose, la moneda en mi mano ansiosa, y la tía estará ya peinándose, quizá cantando, sola en su cuarto tan grande.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

